Parole Rubate / Purloined Letters
http://www.parolerubate.unipr.it
Fascicolo n. 8 / Issue no. 8 – Dicembre 2013 / December 2013

EVA MARIA VALERO JUAN

ITINERARIOS TEXTUALES DEL "QUIJOTE" EN AMÉRICA (SIGLOS XVII A XIX)

Recorrer la biografía textual de don Quijote en América entre los siglos XVII y XIX, desde que, tras salir de las imprentas, arrojó sus pasos por todo lo largo y ancho del continente de habla hispana, es tarea que daría lugar a infinitud de páginas, tales como las que de hecho pueblan la bibliografía que a día de hoy existe sobre el *Quijote* en América. No obstante, una breve muestra de esa bibliografía puede resultar ilustrativa para visualizar la trayectoria de los personajes cervantinos en los textos hispanoamericanos de los siglos mencionados. Para ello, es preciso partir del viaje que los llevó, desde su nacimiento en 1605, hasta la otra orilla, a cuyo arribo saltaron de inmediato del libro a las calles, y más en concreto a sus escenarios festivos. Este camino de ida y vuelta (de la literatura a la vida y a la inversa) supondría el regreso de los personajes desde las calles hasta los textos o 'relaciones' que relatarían tales fiestas; un itinerario textual que, llegados al siglo de la Emancipación, y sobre todo a su ocaso – con el hito histórico del '98 –, significaría finalmente, en la poesía, la

novela y el ensayo, el afincamiento de don Quijote como símbolo imperecedero de la identidad hispanoamericana contemporánea.

Tal muestra ha de comenzar, necesariamente, por los primeros textos en los que encontramos a don Quijote y Sancho cobrando vida propia y convertidos en protagonistas de las remotas Indias de Occidente. Como es bien conocido, tras la aparición de la Primera Parte del *Quijote* su protagonista y sus principales personajes se convirtieron en figuras muy populares de las mascaradas propias del Barroco,[1] tanto en España como en América. Desde la primera aparición de don Quijote en las fiestas relatadas en las *Memorias de Valladolid*, en el mismo 1605, configurado como "la más notable farsa y figura que jamás se vio en este mundo",[2] su peregrinación por ciudades de la Península parece trazar una nueva ruta de don Quijote, convertido en actor cómico de esos teatros urbanos de los que se adueñó como protagonista indiscutible.[3] Recorrió también ciudades europeas, pero en estos itinerarios que sus intrépidos pasos dibujaron por la geografía del planeta, las llamadas provincias de Ultramar fueron un destino primero y predilecto.

Efectivamente, los escenarios de las colonias integraron muy pronto a los personajes cervantinos en sus representaciones festivas, dada la tempranísima llegada de la obra a sus ciudades: al Virreinato de la Nueva España en octubre de 1605, y al del Perú en mayo de 1606. Y si temprano es este arribo, más perplejidad causa el hecho de que su protagonista, don

[1] Con esta idea confeccionó Francisco Rodríguez Marín un itinerario festivo que tiene su kilómetro cero en la Península, con un recuento pormenorizado por las fechas y ciudades en las que aparece la figura de don Quijote en fiestas burlescas, populares o religiosas: véase F. Rodríguez Marín, *El "Quijote" en América*, Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1911. Su inventario ha sido ampliado por M. L. Lobato, *El "Quijote" en las mascaradas populares del siglo XVII*, en *Cervantes. Estudios en la víspera de su centenario*, Kassel, Reichenberger, vol. II, 1994, pp. 577-604.

[2] Cf. F. Rodríguez Marín, *El "Quijote" en América*, cit., p. 52.

[3] Salamanca en 1610, Zaragoza en 1614, Córdoba en 1615, Sevilla en 1617, Baeza y Salamanca en 1618, o Barcelona en 1633.

Quijote, apareciera en un texto americano en tan pasmosa fecha como es la primavera peruana (es decir, entre octubre y noviembre) de 1607. Con tan sólo un año de estancia en el Nuevo Mundo, don Quijote y Sancho ya salían de las páginas cervantinas para comenzar su viaje literario en solitario. El texto, que relata una mascarada para festejar la llegada de un nuevo virrey al Perú, el marqués de Montesclaros, lleva por título *Relación de las fiestas que se celebraron en la corte de Pausa*.[4] Sorprende la fecha, 1607, pero también el lugar de la representación: un pueblo minero de los Andes, llamado Pausa, cercano a la capital incaica, Cuzco. Fue en aquel inverosímil rincón andino donde puso por primera vez su estampa don Quijote en un texto literario americano; y seguramente donde hizo su primera aparición ante un público atónito que, como dice el autor del texto, asistió a la salida de don Quijote y Sancho con "extraña risa" de los que miraban. El espectáculo representado en Pausa es un "juego de la sortija",[5] en cuya competición participan diversos caballeros representados por la elite gobernante de este pueblo minero, y una gran algazara de indios. Y en medio de este escenario caballeresco trasplantado aparece nuestro don Quijote como el "de la Triste Figura", en un caballo flaco y seguido de su fiel escudero Sancho Panza:

[4] Véase *Relación de las fiestas que se celebraron en la corte de Pausa por la nueva de proveimiento de Virrey en la persona del Marqués de Montesclaros…*, en F. Rodríguez Marín, *El "Quijote" en América*, cit., pp. 129-137. Diez años después, en 1921, Rodríguez Marín realizó una edición ampliamente anotada que contiene el facsímil del mismo: *"Don Quijote" en América en 1607. Relación peruana, autografiada y reimpresa con notas*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1921. Puede encontrarse una última edición anotada y modernizada (con transcripción del manuscrito) en E. M.ª Valero Juan, *Tras las huellas del "Quijote" en la América virreinal*, Roma, Bulzoni, 2010, pp. 161-188.

[5] Según Sebastián de Covarrubias, se trata de "un juego de gente militar, que, corriendo a caballo, apuntan con la lanza a una sortija que está puesta a cierta distancia de la carrera". Cf. S. de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española* [1611], Madrid, Castalia, 1995, s. v.

"A esta hora asomó por la plaza el Caballero de la Triste Figura don Quijote de la Mancha, tan al natural y propio de como le pintan en su libro, que dio grandísimo gusto verle. Venía caballero en un caballo flaco muy parecido a su Rocinante, con unas calcitas del año de uno, y una cota muy mohosa, morrión con mucha plumería de gallos, cuello del dozavo, y la máscara muy al propósito de lo que representaba. Acompañábanle el Cura y el Barbero con los trajes propios de escudero e infanta Micomicona que su crónica cuenta, y su leal escudero Sancho Panza, graciosamente vestido, caballero en su asno albardado y con sus alforjas bien proveídas y el yelmo de Mambrino, llevábale la lanza […] y presentándose en la tela con extraña risa de los que miraban, dio su letra, que decía:

Soy el audaz don Quixó-,
y maguer que desgraçiá-,
fuerte, brabo y arriscá-."[6]

A esta salida de don Quijote antecede la de otro caballero que, en su traje y representación, introduce una relevante nota sincrética: el Caballero Antártico de Luzissor, disfrazado de Inca, acompañado de muchos indios vestidos de colores, haciendo gran ruido con sus *huáncares* o tamborinos, y multitud de indias bailando *taquíes* (bailes autóctonos) al son de las canciones de su tierra. Esta fantástica escena es una imagen muy significativa de aquel Nuevo Mundo en el que la civilización precolombina estaba imprimiendo sus formas a la cultura importada de la vieja Europa. En un mismo espacio literario coexisten así ambos caballeros, don Quijote y el Caballero Antártico, que paradójicamente son nuevos en el ámbito de la caballería, como nuevo es también el mundo americano en el que aparecen.

Catorce años más tarde, en 1621, vemos a don Quijote hacer su primera aparición en el virreinato de la Nueva España (México), en un texto que relata un desfile de máscaras por las calles de la capital para celebrar la beatificación de San Isidro Labrador: se trata de la *Verdadera relación de una máscara que los artífices del gremio de la platería de*

[6] *Relación de las fiestas que se celebraron en la corte de Pausa por la nueva de proveimiento de Virrey en la persona del Marqués de Montesclaros…*, en E. M.ª Valero Juan, *Tras las huellas del "Quijote" en la América virreinal*, cit., pp. 183-184.

México y devotos del glorioso San Isidro el Labrador de Madrid, hicieron en honra de su gloriosa beatificación,[7] en la que aparecen vistosos carros (una más de las arquitecturas efímeras de la teatralidad barroca) que llevan a los protagonistas del desfile con sus máscaras. Y lo interesante, en este caso, es que don Quijote, Sancho y Dulcinea no sólo vuelven a introducir la nota paródica sino que además aparecen, de forma explícita, en su cualidad de personajes "modernos":

> " […] todos los caballeros andantes autores de los libros de caballerías, Don Belianís de Grecia, Palmerín de Oliva, el caballero del Febo, etc., yendo el último, como más moderno, Don Quijote de la Mancha, todos de justillo colorado, con lanzas, rodelas y cascos, en caballos famosos; [...] y últimamente a Sancho Panza, y doña Dulcinea del Toboso, que a rostros descubiertos, los representaban dos hombres graciosos, de los más fieros rostros y ridículos trajes que se han visto."[8]

En fiestas como esta, el motivo lúdico era precisamente la discordancia entre los caballeros que como motivo festivo lucían una esplendente vestimenta medieval, y la imagen anacrónica de quien, queriendo revivir esa herencia de un pasado aniquilado en la esfera de la realidad, aparece con un traje real, envejecido, mohoso y por tanto ridículo. Esa disonancia movía a la risa a un público que ya no estaba formado por conquistadores sino por colonos o criollos, lo cual me lleva a plantear que del mismo modo que el *Quijote* traducía la historia de la crisis de la España del siglo XVII, la presencia de don Quijote en los textos de Pausa y México significa también un cambio esencial en la historia de togliere smart tagthispana: el siglo XVII se convertía en un período histórico inspirado en la idea de colonización, más que en la idea de conquista que había

[7] Publicado en M. R. Zarco del Valle Espinosa y J. G. López Valdemoro de Quesada conde de las Navas, *Cosas de España*, Sevilla, Rasco, 1891.

[8] *Verdadera relación de una máscara que los artífices del gremio de la platería de México y devotos del glorioso San Isidro el Labrador de Madrid, hicieron en honra de su gloriosa beatificación*, en E. M.ª Valero Juan, *Tras las huellas del "Quijote" en la América virreinal*, cit., pp. 194-195 (edición modernizada y anotada).

presidido la centuria anterior. Y en este sentido, la inmediata fama del *Quijote* en América es un símbolo inequívoco de esta evolución histórica y social. La presencia de don Quijote en los Andes o en la ciudad de México a comienzos del siglo XVII puede considerarse una precisa metáfora de esta evolución de la conquista a la colonia, en un escenario en el que los caballeros del pasado ya no tenían el equivalente en la realidad americana que habían tenido en el siglo anterior en la figura del conquistador. Su presencia ya no se encontraba sino en un ámbito festivo: la ficción de mascaradas y fiestas como las descritas en las dos Relaciones. Pero incluso en estas festividades, el protagonista ya no era Amadís ni Esplandián, sino el 'moderno' don Quijote, que vino desde España con la risa para divertimento de la sociedad colonial.

Evidentemente, esta geografía festiva de la América colonial, que contó con la participación estelar o secundaria de los personajes cervantinos, no concluye en estos textos. La presencia de don Quijote se hizo habitual en otros festejos americanos, como los celebrados en la capital del Virreinato del Perú en 1630 y 1656.[9] Así por ejemplo, en la relación de unas fiestas públicas celebradas en Lima entre 1630 y 1631, y organizadas para festejar el nacimiento de Baltasar Carlos, escrita por el poeta antequerano Rodrigo de Carvajal y Robles y titulada *Fiestas que celebro la ciudad de los Reyes del Pirv, al nacimiento del serenísimo Principe Don Baltasar Carlos de Austria nuestro señor…* [10], leemos:

[9] Aurora Egido recorre otros "curiosos ejemplos de su huella en los vejámenes de grado" en Perú. Cf. A. Egido, *Don Quijote en el patio de escuelas (Vejámenes de grado en España y América. Siglos XVI-XVIII)*, en "Boletín de la Real Academia Española", 85, 291-292, 2005, pp. 244-246.

[10] Impreso en Lima por Geronymo de Contreras en 1632, reeditado en 1950: *Fiestas de Lima por el nacimiento del Principe Baltasar Carlos, Lima, 1632*, Prologo y ed. de F. Lopez Estrada, Sevilla, Universidad de Sevilla – Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1950.

"Mas con ayroso brio
ostenta al animal su desafio
en vn caballo triste
Que lleuaua los ojos
tapados con antojos,
si bien juzgaron todos de su empeño
que mas tapados los lleuò su dueño,
pues no viò por desdicha de sus hados
al toro, que le embiste,
y el toro a ojos cerrados
le acertò de manera
que no le defendiò la talanquera
de su quadrupedante,
porque de solo vn bote
diò en tierra con el triste rocinante,
y rebolcò al segundo don Quijote.
El vulgo su cayda celebraua
con fisgadoras vozes,
y el rocín asombrado respingaua
dando vueltas en coro,
siendo allí mas temido por sus coces,
que por sus cuernos el rebelde toro.
Y el Ioben aturdido,
se leuantò corrido,
y no se yo por que, si la desgracia
de su cayda a todos cayò en gracia,
y con su aporreada valentia
regocijò la fiesta deste dia."[11]

En estos versos, la visión de don Quijote en su "aporreada valentía" implica una nueva lectura de la obra por parte del poeta, quien supo ver y transmitir la magnitud del antihéroe por excelencia creado por el genio de Cervantes, rebasando así su mera figuración cómica.

Con esta muestra, bien puede afirmarse que hasta el siglo XVIII el *Quijote* había significado en América – como también en España – la risa, la burla, el divertimento. De hecho, en ambos virreinatos fue menos leído por los doctos americanos que representaban la cultura que por autores mucho más populares cuyas referencias al *Quijote* se dirigen hacia la

[11] *Ibidem*, pp. 334-335. Esta referencia a don Quijote se encuentra en la *Silva* VI, donde se describen los lances a un toro de don Francisco López Gutiérrez.

alabanza del hombre de acción que encontraron en su protagonista. Escritores que, fundamentalmente a finales del siglo XVIII y principios del XIX, acercaron ya los conceptos de escritura y revolución y, en su valoración del *Quijote*, hicieron evolucionar el significado de la obra, dejando atrás el componente burlesco para ver un libro reformador de costumbres, edificante respecto al momento en que se gestaban las nuevas naciones latinoamericanas. El mexicano Francisco de Icaza denomina esta etapa como "período del cervantismo americano",[12] encabezado por José Joaquín Fernández de Lizardi, quien en *La Quijotita y su prima* (1818)[13] nos ofrece la primera mención literaria del *Quijote*[14] en la Hispanoamérica emancipada:

> "Para justificar el apodo puesto a la protagonista dice el autor por boca de uno de sus personajes: 'Don Quijote era un loco y Doña Pomposa es otra loca. Don Quijote tenía lúcidos intervalos en los que se explicaba bellamente, no tocándole sobre caballería; Doña Pomposa tiene los suyos, en los que no desagrada su conversación; pero delira en tocándole sobre puntos de amor y de hermosura. […] Don Quijote siempre esperaba llegar a ser emperador a costa de la fuerza de su brazo; Doña Pomposa siempre espera ser cosa grande, título de Castilla cuando menos, a favor del poder de su belleza. […] Don Quijote... pero ya habré cansado vuestra atención, serenísimo congreso, con tanto quijotear'."[15]

Llegados al siglo XIX, las referencias al *Quijote* y a Cervantes se multiplican, sobre todo en autores que fueron grandes ideólogos e

---

[12] Cf. F. A. de Icaza, *El "Quijote" en la América Española, hasta principios del siglo XIX* [1918], en *El Quijote en México*, recopilación de E. M.a Valero Juan, en *El "Quijote" en América*, introducción por Ead., Alcalá de Henares, Centro Virtual Cervantes, Instituto Cervantes, 2006, dirección electrónica http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_america/mexico/icaza_1.htm.

[13] Que "no es una imitación del *Quijote*, como pudiera creerse sino un cuadro de cómo era la vida en los albores del siglo último, en la más próspera de las antiguas colonias españolas" (cf. F. de Icaza, *El "Quijote" en la América Española, hasta principios del siglo XIX*, en *El "Quijote" durante tres siglos*, cit.).

[14] Recordemos que México fue, además, el país donde se realizó la primera edición hispanoamericana del *Quijote*, en 1833.

[15] F. A. de Icaza, *El "Quijote" en la América Española, hasta principios del siglo XIX*, cit.

intelectuales de los nuevos países nacidos tras la convulsión de la Independencia. Entre esa profusión de referencias podemos destacar, en Argentina, las de Juan Bautista Alberdi, en *Peregrinación de Luz del Día*, y Domingo Faustino Sarmiento, por entresacar los nombres más sonoros. Quedémonos aquí con la de Sarmiento, en un ensayo titulado *El donquijotismo en política electoral*, (publicado en "El Nacional" el 4 de febrero de 1879), en el que trae a colación a don Quijote para presentar los problemas de la Argentina de aquella década posterior a su presidencia:

> "Si por mi arte me fuera dado presentar los cuerpos de los espíritus, vería Vd. al ingenioso hidalgo, e involuntariamente se descubriría Vd. en presencia de aquella encarnación del bien, soñado, presentido; pero vivo y real, en el mundo de lo posible, don Quijote es el progreso moral, es un programa de gobierno, de instituciones venideras, como la crítica acerba de sus tiempos en que Cervantes al crearlo, vivía desdeñado, a merced de la caridad de un poderoso, no obstante sus heridas de Lepanto, batalla que salvó a la cristiandad y a la civilización moderna."[16]

El autor del *Facundo*[17] hace aparecer así a un Quijote que será el del futuro: el símbolo del bien y del progreso moral, que aclamarán décadas después los intelectuales del '98 desde las dos orillas.

Pero si se trata de destacar referencias célebres al *Quijote* en la Hispanoamérica independiente, sin duda la más conocida se encuentra en la obra que el ecuatoriano Juan Montalvo le dedicó bajo el famoso título *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, publicada en 1895. De su conocido prólogo, titulado *El buscapié*, son innumerables las citas que pudieran resaltarse. Quedémonos con la siguiente:

---

[16] D. F. Sarmiento, *El "donquijotismo" en política electoral* [1879], en *El "Quijote" en Argentina*, recopilación de L. Fleming y S. Sylvester, en *El "Quijote" en América*, cit., dirección electrónica http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_america/argentina/sarmiento.htm

[17] Véase Id., *Facundo o Civilización y Barbarie en las pampas argentinas*, Santiago, Imprenta del Progreso,1845.

"Don Quijote es una dualidad; la epopeya cómica donde se mueve esta figura singular tiene dos aspectos: el uno visible para todos; el otro, emblema de un misterio, no está a los alcances del vulgo, sino de los lectores perspicaces y contemplativos que, rastreando por todas partes la esencia de las cosas, van a dar con las lágrimas anexas a la naturaleza humana guiados hasta por la risa. Don Quijote enderezador de tuertos, desfacedor de agravios; don Quijote caballero en Rocinante, miserable representación de la impotencia; don Quijote infatuado, desvanecido, ridículo, no es hoy necesario para nada. Este don Quijote con su celada de cartón y sus armas cubiertas de orín se llevó de calles a Amadises y Belianises, Policisnes y Palmerines, Tirantes y Tablantes; destrozólos, matólos, redújolos a polvo y olvido: España ni el mundo necesitan ya de este héroe. Pero el Don Quijote simbólico, esa encarnación sublime de la verdad y la virtud en forma de caricatura, este Don Quijote es de todos los tiempos y todos lo pueblos, y bien venida será a donde llegue, alta y hermosa, esta persona moral."[18]

Estamos en 1895, y esta aclamación a un Quijote convertido en símbolo, en encarnación de la verdad, la virtud y la moral – válido pues para todos los pueblos –, sería retomada en el período de entresiglos no sólo por Miguel de Unamuno, Azorín, Ramiro de Maeztu, Ángel Ganivet, sino también, desde la otra orilla, por Rubén Darío, José Enrique Rodó, José Santos Chocano, Ricardo Palma, Fernando Ortiz, quines tras el '98 iniciaron un nuevo diálogo cultural en el que Cervantes y el *Quijote* fueron utilizados como un vínculo principal. En este diálogo, que dará sus frutos principales superada la frontera del fin de siglo, concluyamos en 1898 con el curioso relato de Darío titulado *D. Q.,* en el que el poeta evoca la derrota española en Cuba frente a Estados Unidos. Ubicada la trama en Santiago de Cuba, el cuento nos introduce en el contexto de aquella derrota que no era tan sólo la del imperio español sino también la de esos valores esenciales de la pretendida *raza* ibérica del '98 (idealismo, nobleza, hidalguía), encarnada en el protagonista principal de todas las derrotas, don Quijote.

D. Q. son las siglas por las que se conoce en el cuento al enigmático personaje: un manchego maduro y enjuto que, antes de cumplir con el protocolo de la rendición ante "el gran diablo rubio de cabellos lacios",

[18] J. Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes: ensayo de imitación de un libro inimitable*, Barcelona, Montaner y Simón, 1898, p. VI.

"fuese paso a paso al abismo y se arrojó en él. Todavía de lo negro del precipicio, devolvieron las rocas un ruido metálico, como el de una armadura".[19] Con este desenlace Darío rememoraba la imagen final del Imperio: la fragata española varada en la costa de Santiago que protagonizó un estoico suicidio bajo el fuego de los potentes acorazados norteamericanos. El simbólico suicidio de don Quijote nos sitúa así ante la España mutilada del '98: la España "sin Quijote, sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios",[20] por la que el vate nicaragüense rogaría siete años después en su famosa *Letanía de nuestro Señor don Quijote*, escrita en 1905 para homenajear a Cervantes en el III Centenario de la publicación del *Quijote*. Pero la *Letanía* ya es otro cantar, que ante todo mira hacia el futuro. *D. Q.*, sin embargo, marca un final, que es el del '98 y su *desastre*, y que cierra definitivamente el relato de España, madre de América. Un relato hecho de héroes y antihéroes, conquistadores y quijotes que dieron forma a la utopía soñada por Sancho: la ínsula Barataria, tan remota, desconocida y prometedora como las fantásticas Indias de Occidente. Concluyamos por ello con *D. Q.* este breve fragmento de la dilatada biografía textual que don Quijote, y sus acompañantes de sueños y quimeras, protagonizaron a lo largo y ancho de la América colonial y republicana.

[19] Cf. R. Darío, *D. Q.*, en J. E. Arellano, *Don Quijote no puede ni debe morir (Páginas cervantinas)*, Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2002, p. 24.

[20] Cf. Id., *Obra poética*, Madrid, Biblioteca Castro, 2011, p. 469.